

es una mitad menor que en Italia y una tercera parte menor que en Holanda: haciendo este cálculo cuando ya la población había subido á 16 millones. En el año de 1843, al llegar la mayor edad de la Reina doña Isabel II, la población no pasaba de mas de 12 millones en la Península. El grande aumento de 4 millones mas ha sido posterior. A lo que parece la población había ido decreciendo en tiempo de los reyes de la Casa de Austria hasta llegar en 1688 á menos de 8 millones. Desde entonces ha ido creciendo pausadamente. En 1768 se elevó á 9 millones. En 1789 á 10. Y á fines del siglo pasado á 12. Así, con leves alteraciones, permaneció estacionaria hasta los últimos años del reinado de Fernando VII, en que llegó á contar cerca de 14 millones. Por manera que, si los datos son exactos, durante la menor edad de la Reina doña Isabel II manifestó de nuevo nuestro suelo la propensión á despoblarse, bajando el censo de población á 12 millones de almas.

Es cuestion muy debatida y difícil de resolver si España es capaz de alimentar mucha mas gente de la que alimenta ahora y si en otro tiempo la tuvo. Hay quien supone que en tiempo de los romanos contaba España 40 millones de habitantes. Otros llegan á afirmar que, bajo la dictadura de César, tenia España 78 millones. Y no pocos calculan que, bajo la dominación de los árabes, había en España 20 millones; lo cual, á ser cierto, no sobrepuja á la población del día, ya que en aquella cuenta debía de entrar la población de Portugal, población que, sumada ahora con la de España, forma tambien mas de 20 millones. Lo único innegable es que, durante la dominación de los reyes de la Casa de Austria, la población decreció hasta llegar á menos de 8 millones; y que, desde entonces hasta ahora, ha ido, con breves momentos de retroceso, aumentando hasta llegar á mas de 16.

Hay quien suponga que nuestro suelo es estéril, poco favorecido por las lluvias, con grandes estepas y páramos, donde poco ó nada se cria, y que, por consiguiente, la población no ha podido nunca ser abundante; pero otros piensan que la esterilidad del terreno y la consiguiente despoblación no provienen de crueldad de naturaleza, sino de nuestra culpa y de nuestra incuria, sobre todo en los siglos XVI y XVII, cuando una recrudescencia de fanatismo nos hizo descuidar las cosas terrenas para pensar solo en las espirituales y celestes. A este propósito han formado una tabla curiosa, para demostrar que la población de España está siempre en razon inversa del número de conventos y del número de frailes y de clérigos que hemos tenido. Segun dicha tabla, en 1690 había en España 9,000 conventos, 168,000 clérigos, frailes y monjas, y 7 millones y medio de población: en 1820, los conventos eran 2,280, los clérigos, monjas y frailes 118,000, y la población cerca de 12 millones: y, por último, en 1859, en que apenas hay ya conventos, como no sea para las misiones, y en que los clérigos, monjas y frailes no llegan á 39,000, la población de España se eleva á mas de 16 millones.

Para explicar tambien la despoblación de España se da como causa la expulsión de los judíos en tiempo de los Reyes Católicos y la de los moriscos en tiempo de Felipe III, las guerras continuas y la colonización de ambas Américas; pero los mas juiciosos estadistas no hallan suficientes dichas causas y atribuyen la despoblación al despotismo civil y teocrático que pesó sobre España con férrea compresión por dos ó tres siglos. Este despotismo y el abandono del pueblo en brazos de la Providencia explican, mejor que la esterilidad natural de los terrenos, que todavía, en 1843, un 46 por 100, esto es cerca de la mitad del suelo español, permaneciese inculto.

En España hay cerca de 49 millones de hectáreas cuadradas. Se calculan las cultivadas en 26 millones. Quedan 23. Demos para el sitio de ciudades, cauces de rios, caminos y canales, 5 millones, y aun habrá 18 millones de hectáreas sin cultivo. Pongamos en esta cuenta 7 millones de hectáreas de tierra con árboles, y quedarán 11 millones de hectáreas sin ellos, ó dígame de páramos, eriales y monte bajo, lo cual da, por algunas comarcas, tan desolado, pobre, feo y triste aspecto á nuestra patria. Los cerros pelados afligen, á pesar de la elegancia á veces de su perfil que se dibuja en el sereno azul del cielo. No contenida en la pendiente, la capa vegetal, si queda alguna, baja arrastrada por la lluvia y deja

mas áridas y calvas las cumbres. La escasez ó carencia de arbolado promueve la sequía. La desolación es causa de mayor desolación á su vez. La falta del arbolado no debe atribuirse, con todo, ó entera culpa de la naturaleza, porque el hombre debe cargar en no pequeña parte con dicha culpa. El odio á los árboles es inveterado entre el vulgo de los españoles, sobre todo en las provincias del Centro y del Mediodía. Un campesino andaluz rara vez siente la belleza y mas rara vez comprende el provecho que tiene un árbol, no siendo olivo. En cambio, le achaca multitud de malos efectos. El árbol atrae los pájaros que se comen el trigo y la cebada y destruyen las sementeras; bajo su sombra no crecen ni dan fruto los viñedos ni las hazas; y, si el árbol está dentro de una población, en plazas y calles, aseguran que engendra mosquitos, beatillas y otras bestezuelas; que con su frondosa copa deja á oscuras las casas cercanas; que con sus raíces socava y desmorona los cimientos de los edificios; y que con su follaje roba la vista é impide ver las devotas procesiones. De todo esto, el furor contra los árboles, el prurito por cortarlos y el deleite con que se arrancan y destruyen. No es, pues, de maravillar que no los haya en muchas comarcas, llegando esto al extremo de que en grandes extensiones de país se carezca hasta de matas y plantas enanas para combustible, y se guise la comida y se calienten las viviendas con pestífero estiércol, cuya quema continua difunde el humo y el hedor por el ambiente, de modo que el viajero, que va á caballo, lo nota una ó dos horas antes de llegar á la población.

Todo lo dicho demuestra que España está aun muy atrasada; que en 1843 lo estaba mucho mas; y que algunos de los males, nacidos del atraso, si no son incurables, solo podrán curarse despues de largo trascurso de tiempo: mas no demuestra que España sea estéril de suyo. Nuestra agricultura, aun permaneciendo inculta mucha parte de la tierra, produce ó puede producir para doble población de la que hay ahora. Lo que falta es capital y trabajo.

Si nos hemos de guiar por un curioso libro, titulado *España moderna*, y escrito por Fernando Garrido, libro que no conocemos en castellano, sino en la traducción alemana que hizo de él el famoso demócrata Arnoldo Ruge, los medios de subsistencia son en España abundantísimos respecto de la población, y aun el consumo que de ellos se hace es superior al que se hace en Francia, á pesar de la sobriedad de los españoles, harto ponderada en países extranjeros, mas por burla que por elogio.

Entre otras comparaciones, trae Fernando Garrido una de lo que consume por término medio un francés en su manutención y de lo que consume un español. El cálculo de lo que consume el francés de bebida y comida está tomado del economista de aquella nación Mr. Cadot, y no pasa de 604 gramos: 300, de pan y legumbres; 250, de bebida: vino, cerveza, sidra, etc.; y 54 de carne. El español consume 20 onzas de pan, 8 de legumbres, 4 de carne y 8 de vino: total 40 onzas ó sea casi doble que el francés. En esta cuenta no entra el pescado, la leche, el queso, los huevos, el azúcar, el chocolate y otros artículos. Claro está que sobre la exactitud del cálculo dejamos toda la responsabilidad á Fernando Garrido, el cual entra en pormenores, que sería prolijo poner aquí, á fin de probar su aserto. El consumo de carne, por ejemplo, sostiene que en algunas grandes ciudades de España y sobre todo en Madrid, no es menor que en las mas importantes y ricas ciudades de Europa, y que el consumo de vino es doble en Madrid que en cualquiera otro país del mundo en proporción del número de los habitantes.

Como quiera que sea, no puede negarse que la riqueza de la agricultura, de la ganadería y de las minas no es muy inferior en España á la de las mas prósperas naciones. La industria que transforma y mejora estos productos, dándoles superior valor, es la que aun es corta entre nosotros. Si por lo que exportamos se ha de calcular lo que producimos, se verá en cualquier año que la exportación de productos agrícolas, casi de primeras materias, es quince ó diez y seis veces mayor que la de todos aquellos artículos que suponen una industria algo refinada. Así, guiándonos por el *Manual descriptivo y estadístico de las Españas*, publicado por don An-

tonio Ramirez Arcaas en 1859, resulta que en el año anterior, esto es en 1858, exportamos mas de 1,332 millones. De estos, 1,245 eran de productos agrícolas, minerales, pesca y otros objetos del reino animal. Y lo que propiamente se puede llamar industria, como hilados y tejidos de lana, seda, algodón y cáñamo, papel, naipes, zapatos, cueros curtidos y otros artículos, no pasa de 87 millones.

Por los datos que suministran los mejores tratados de estadística comparativa, vemos además que la producción animal, vegetal y mineral del suelo y subsuelo de España, no es muy inferior á la de las tierras que pasan por mas ricas. En 1859, en ganados, por ejemplo, se cuentan en España un millón ochocientos mil reses vacunas; en Italia, tres millones doscientas mil; y en Prusia, cinco millones y medio: caballerías de todas clases, en España, un millón ochocientos mil; es verdad que es grandísimo el número de los burros y de los mulos y pequeño el de los caballos; en Prusia, un millón seiscientos mil; y otro millón doscientas mil en Italia. De ovejas y carneros, diez y siete millones en España; quince, en Prusia; y en Italia, ocho. De cerdos, en España un millón seiscientos mil; en Italia, tres millones seiscientos mil; y dos millones quinientos mil en Prusia.

Todo prueba que no es á la falta de generosidad del suelo á lo que se ha de atribuir nuestra pobreza relativa, sino á la escasa habilidad que tenemos para hermosear y hacer valer por medio del arte y de la industria lo que el suelo natural ó casi naturalmente produce. En pocos artículos se ve esto mas patente que en el vino. Su abundancia es en España extraordinaria y aumenta cada dia. Ya, hácia mediados del reinado de Isabel II, se pueden calcular en nuestro país cerca de tres millones de fanegas de viñedo y una producción de mas de ciento sesenta millones de arrobas de vino anuales. Aun dando al consumo del país la mitad de dicha suma, con lo cual beberian los españoles mas vino que los otros habitantes del globo, quedarían otros ochenta millones de arrobas para la exportación. Es cierto que dicha cantidad no se exporta ó si se exporta no consta de datos oficiales ó es á precio tan bajo que parece increíble. En 1858 aparece nuestro vino exportado, contando tambien el aguardiente, por valor de doscientos millones de reales. De haberse exportado, pues, ochenta millones de arrobas, hubiera sido menester que cada arropa hubiera salido vendida á dos reales y medio, lo cual hace evidente que no pudo exportarse tanto vino ó que entró en Francia como de oculto para convertirse en Burdeos. Pero no es culpa de naturaleza que el de España, salvo raras excepciones, haya sido detestable é imponible hasta hace poco tiempo y que por lo comun siga siendo malo ahora. No se hace bien; no se clarifica, no se conserva ni se cuida, y aun se trasiega y acarrea, en muchísimos lugares, en corambres llenas de pez que le dan un gusto endiablado.

De otros frutos y producciones agrícolas puede decirse lo propio: que no sacamos partido de ellas: que no sabemos presentarlas para la venta: que no acertamos á prestarles cierto realce y atractivo. De esta grosera desidia, de este abandono ha hecho á veces nuestro orgullo hasta una virtud, prueba del gran ser que tenemos como pueblo ó raza. Con seriedad han dicho autores graves que la incapacidad de los españoles para las artes del deleite denota el brio y la nobleza de su condicion y de su índole.

La industria primitiva es, pues, lo que nos vale. La producción de las primeras materias, sin poco mas trabajo que el de labrar la tierra para que las dé y el de recolectarlas en sazón, es aquello en que estriba nuestra mayor riqueza hasta ahora, mientras que la industria mas refinada no llegue á aumentarse con el crecimiento de la población y por el estímulo de la codicia.

Los datos aducidos hasta aquí, creemos que bastan á demostrarlo, así como demuestran que nuestra pobreza relativa, con respecto á otras naciones de Europa, ha dependido, no de la esterilidad del suelo, sino de circunstancias políticas y sociales y de nuestra incuria, que tampoco es natural, sino hija de estas mismas circunstancias.

Por lo demás, harto se ve que el desarrollo ha venido despues de 1843, y que entonces, recientemente terminada la

guerra civil, dicho desarrollo estaba en germen, merced á las medidas revolucionario-sociales, tomadas por Mendizabal y seguidas luego hasta por los conservadores. España, por lo pronto, no estaba mucho mas medrada ni mucho mas adelantada en la cultura material que á la muerte del rey Fernando VII.

Quien esto escribe, como ya se ha dicho, no da completo crédito á los números que suelen tomarse por fundamento de todo cálculo estadístico y que tal vez en uno ó en otro sentido vienen exagerados; pero algun valer debemos darle como indicio: y cuando Fernando Garrido calcula y sostiene que la ración diaria del español, en comida y licores fermentados, es doble que la del francés, fuerza es creer que su cálculo y su afirmación no son imaginarios del todo.

En nuestro sentir, la relativa pobreza de los españoles se manifiesta, no en lo que es necesario para la vida, sino en la comodidad, en el regalo y en el lujo, que la hacen mas bella, reposada y elegante. Los españoles no son sobrios, pero son sufridores de las inclemencias del cielo, y han sido poco sensibles, hasta estos últimos tiempos, al primor y adorno de las viviendas y á lo que con palabra importada de Inglaterra suele llamarse *confort*. Esto es, sin duda, una gran virtud, que hace recios y pacientes á los hombres, á propósito para la guerra y capaces de resistir las mayores fatigas y trabajos; pero tal virtud, como toda otra cuando se exagera, suele traer vicios y males, difíciles de desarraigar. El resignarse á vivir desastrosamente y á lo gitano quita el estímulo para trabajar y proporcionarse vida mas cómoda y grata. El amor del arte y hasta el prurito de producir obras artísticas, cuando ya no hay vivos sentimientos religiosos que le despierten y estimulen, se marchitan dentro del alma. Y mucho mas aun desaparece el deseo y se acaba el afán de toda industria primorosa y de lujo.

En el primer tercio del siglo presente, había llegado esto en España á su mayor extremo, y casi continuó del mismo modo hasta 1843, haciéndonos objeto constante de los chistes y burlas de los viajeros, los cuales no se burlaban, por cierto, de que no hubiera qué comer en España, sino de que se comía detestablemente, esto es, mal condimentado, y de que no había nada de lo que hace grata y cómoda la vida, considerado todo ello por nosotros como un conjunto de impertinencias superfluas y de necios y sibaríticos perfiles. Eran detestables las posadas. Apenas había en parte alguna baños para el calor y la limpieza. En Madrid, las chimeneas para calentarse eran rarísimas: eran un objeto de lujo archi-aristocrático en algunas casas de grandes señores. Las demás casas acomodadas se calentaban con brasero y camilla, lo cual daba á muchas tertulias cierta familiaridad grotescamente patriarcal ó sobrado tentadora. Por las rendijas de puertas y ventanas se colaba el aire en todas las habitaciones, de modo que, cuando hacía frio, hacía mas frio en casa que en la calle, y todo el que no estaba tullido se salía de casa y se iba á tomar el sol. Los vidrios, por donde entraba la luz en los cuartos, eran pequeños, no del todo diáfanos y llenos de burbujas. Esto, en Madrid y en las grandes capitales. Lo que es en las poblaciones de segundo y tercer orden solia no haber vidrios, sino en casa de algun señoron, el cual daba así tal prueba de orgullo y de afición al regalo y á la molición, que se malquistaba con la gente, y ya los milicianos realistas, ya los milicianos nacionales, calificándole de liberal ó de servil, ora en nombre de la libertad, ora en nombre del altar y del trono, se los rompían á pedradas. De aquí que las casas estuviesen poco resguardadas de la intemperie y que las visitas se hiciesen en invierno sin quitarse el sombrero, conservando la capa y á veces sin desembozarse. Médicos había que solían tomar el pulso por cima del embozo. En Andalucía, el embozo y la capa han servido hasta para graciosos ardid electorales. Presidente de mesa ha habido que, embozado, tomaba la papeleta de los electores con una mano por bajo de la capa, la echaba en la urna con la otra por cima del embozo, y mientras la papeleta transmigraba por aquel tenebroso túnel de paño burdo, la cambiaba por la de su candidato. En Madrid era el portal de cada casa un muladar inmundado por donde no comprendemos ahora cómo podia pasar una mujer limpia

y decente. Los muebles eran, por lo general, pobres y de pésimo gusto. Había esteras de esparto y no alfombras, salvo en casas muy principales. Las pinturas, esculturas y demás objetos de arte, que en lo antiguo se creaban para los templos y para las habitaciones de magnates y próceres, decaída ya la aristocracia, decaída también la Iglesia y perseguida más tarde, y no nacido aun ni educado el buen gusto en el estado llano, ni se buscaban ni se hacían. Mucho de lo que de esto había existido se iba destruyendo por incuria, por ignorancia, por desden y hasta por odio. ¡Cuántos antiguos muebles primorosos, cuántos bellos cuadros, armas, libros y otros objetos de valor por el trabajo y la forma, deben haberse destruido en aquel largo período de vandalismo artístico! En prueba del afán que aquí poníamos en destruir todo lo bello se cuentan casos de cuya verdad histórica no nos atrevemos á responder, pero basta con que hayan podido inventarse dentro de lo verosímil. Se cuenta, por ejemplo, que un administrador del duque del Infantado vendió como hierro viejo muchas preciosas y cinceladas armaduras de Milán que habían servido en un torneo con que se celebraron las bodas de Felipe II y de Isabel de Valois, armaduras que se custodiaban en el palacio de Guadalajara, y que pudo recuperar más tarde don Pedro Tellez Giron, duque de Osuna. También se refiere de otro ilustre personaje, uno de cuyos antepasados había sido virey de Nápoles, que poseía magnífica colección de vasos etruscos y griegos de Nola, los cuales estuvieron arrumbados en un zaquizamí, donde sin duda hubieron de perderse y romperse muchos, hasta que los sacó de allí cierta gentil duquesa para adornar uno de sus más lindos salones, decorado al gusto pompeyano.

De quintas ó casas de recreo claro está que había poquísimas en España. No había casi ninguna, como no fuera en las cercanías de Madrid, de Barcelona y de otras tres ó cuatro grandes ciudades. Para que se crease uno de estos sitios frondosos y amenos era necesario ó todo el poder de un monarca ó el capricho y la prodigalidad de algún magnate muy fuera del órden común y que tal vez había peregrinado por tierras extrañas. Lo inseguro de los campos y el temor de caer en manos de latro-facciosos y de bandoleros habían quitado toda afición á la vida campestre. En el campo, verdadero campo, apenas se concebía mas suntuosidad y bienestar que el de un cortijo en el que hubiese algunos cuartos con techo por donde no penetrase la lluvia y con los muebles mas indispensables para dormir y comer. Dan irrecusable testimonio de lo raro que era el gusto por los jardines y casas de recreo, los desmedidos encomios que se prodigaban antes á cualquiera hacienda elegante de este género. Don Antonio Ponz, en su *Viaje de España*, á fines del siglo pasado, eleva al mayor grado el encarecimiento de su admiración, como prodigio casi único en su tiempo ó punto menos que único, por la quinta llamada el *Retiro* ó hacienda de Santo Tomás, que está en Churriana, á corta distancia de Málaga, y que hoy, allí mismo, ha sido vencida ó eclipsada por muchas otras. Llama Ponz á dicha hacienda estímulo de delicias, sitio encantado, lugar el mas delicioso de cuantos se ven en las costas del Mediterráneo.

Sin duda que de casas de recreo, parques y cotos, donde hay bosques, y viven, se guarecen ó anidan aves y fieras, algo había de conservarse de los antiguos señores, y príncipes y magnates; pero esto mismo que se conservaba ni excitaba la emulación para imitarlo en pequeño, ni á sus propios poseedores les inspiraba el deseo de hermosearlo y perfeccionarlo. Así, por ejemplo, el coto de Oñana, cerca de Sanlúcar y perteneciente á los duques de Medina-Sidonia, el cual coto tiene leguas de extension, mucho arbolado y abundante caza, como tambien el Lomo del Grullo, finca que depende del alcázar de Sevilla, pertenece al real patrimonio y confina con el coto de Oñana.

Pero ¿qué mucho que no hubiese lujo y elegancia en los campos, cuando en las ciudades no los había? Madrid, llamada tantas veces con énfasis corte de ambos mundos, fuera del palacio real, de los de Liria y Villahermosa, del que hoy hospeda al Ministerio de Hacienda, del Museo de pinturas cerca del Prado, y de algunos pocos mas edificios públicos, parecía

un feo y sucio lugar de la Mancha. Un inmundo basurero, como hemos dicho, en el portal de cada casa; el empedrado, pésimo; las aceras, estrechas; el alumbrado, compuesto de mezuquinos farolillos que daban escasa y moribunda luz; nada de árboles, verduras y flores todavía en las plazas; las calles, llenas de inmundicia, porque la limpieza era semanal y descuidada, en vez de ser diaria y cuidada; y ni un solo monumento que conmemorase hechos gloriosos, ni una sola estatua que recordase á los hombres ilustres, salvo la pequeña aunque bonita estatua de Cervantes.

Todavía había en Madrid poquísimos coches, así particulares como de alquiler, de suerte que las calles parecían silenciosas, aunque estuviesen llenas de gente. «Yo no conozco, dice el marqués de Custine, capital con menos ruido, la rareza de los coches da un carácter particular á las calles de Madrid; se queda uno pasmado de su poca alegría, como se admira en las casas de la pequeña cantidad de objetos que basta para que un cuarto parezca habitable. Una hilera de sillas de paja, arrimadas á la pared, blanqueada con cal, se llama mueblaje de un salon.»

Sobre todos estos defectos, debemos añadir el de la escasez de agua, que era grandísima. Si el consumo, además de lo que se bebe, se hubiera extendido un poco entre el vulgo de los madrileños, hasta bañarse y lavarse con alguna frecuencia, hubiera producido un conflicto.

Es innegable que, en esto de la cultura material, las mejoras y los refinamientos son recientes en todos los países de Europa; pero España se había quedado muy atrás, mientras que en un siglo ó medio, se habían pulido otras naciones. Esto, sin echar la vista atrás y mirando solo á lo presente, hacía mas censurable nuestro abandono y mas digna de sátira nuestra incuria. En esta sátira se extremaban los extranjeros, pero no en considerarnos pobres por naturaleza y de una manera irremediable. Cuando eran perspicaces observadores, convenían en el fondo con lo que aquí hemos tratado de probar. Hasta lujo relativo tenían los españoles en el traje. «Mientras menos civilizado está un pueblo, mas importancia, dice un viajero, da al adorno de su persona. Los hombres semi-bárbaros son los que gastan mas ricos vestidos. El traje de los campesinos españoles confirma esta observación. Están muy atrasados en cultura, pero yo prefiero con mucho su manera de vestirse á la nuestra. Nos forjamos una idea muy falsa de su género de vida cuando nos los figuramos mal alimentados y andrajosos. La pobreza de España no se nota sino en lo interior de las casas y en medio de los campos. Los pocos hombres que viven en esos campos, en apariencia estériles, son menos miserables que los que pueblan los Estados mas florecientes. El malestar físico (esto es, el hambre, la escasez de alimentos) es mas raro en España que en los países ricos y poblados de Europa.»

Por lo demás, en la propia censura de los extranjeros, con motivo de nuestra inferior cultura material, hay mucho de injusto, si se atiende á que, con diferencia de pocos años, se podía decir de ellos lo mismo.

Cuenta Bukle, en su *Historia de la civilización de Inglaterra*, que, á fines del siglo XVII y principios del XVIII, hubo alguien que puso en Escocia una almona, y que se arruinó, porque eran rarísimos todavía los que empleaban el jabón, ó para lavarse la ropa ó para lavarse los cuerpos. Esto basta para dar la medida del desaliño, grosería y desaseo de los escoceses de hace menos de dos siglos. No es, pues tan de extraño que los españoles, merced á una recrudescencia de espiritualismo ó ascetismo religioso, hayan caído, quizá mas tarde que otros pueblos cristianos de Europa, en este abandono y olvido de la cultura material y hayan vuelto tambien mas tarde á ser cuidadosos y pulcros. Los libros de devoción recomiendan, y á veces pasan de la recomendación al precepto, este descuido y abandono de nuestra carne, que al cabo es un enemigo del alma. Todavía, pocos años há, el famoso y elocuente Luis Veuillot atribuye la supuesta por él degradación y corrupción de los franceses á la manía criminal y lasciva de asearse demasiado. Los pueblos varoniles, valientes y conquistadores, supone aquel político, como ya en lo antiguo supusieron muchos, que han de ser pobres, rudos, sucios y

groseros. Por dicha, en el día de hoy prevalece la opinion contraria, fundada en la experiencia que nos proporciona una civilización mas completa y recta que las que hubo en las pasadas edades. Así es que hoy nadie puede creer que la pulcritud y la elegancia afemenen á los hombres y los despojen de virtud y fortaleza. Hasta sobre la cuestión, tan debatida siempre, de si la riqueza ó digase el dinero sea ó no el nervio de la guerra, ó, entendido con mas generalidad, constituya la grandeza y el poder de los Estados, hay que resolver, casi siempre, y hasta cierto punto, en contra de lo que sostuvieron los antiguos grandes políticos, empezando por Machiavelli: porque la guerra se vale de instrumentos y máquinas mucho mas costosos en el día; porque los hombres no se debilitan ni acobardan por vivir mejor; porque se ponen grandes ejércitos en campaña, para cuya manutención se necesita mucho; y porque, en el día, aun durante la guerra, es mas respetada la propiedad de los particulares, y no le es tan fácil al soldado enriquecerse por medio del botín y del saqueo. Algo, sin embargo, queda del gusto antiguo, merced á lo cual una nación briosa y pobre puede despojar en parte á otra nación rica y menos briosa: tales son las indemnizaciones que pide el vencedor para firmar la paz y que importan á veces enormes sumas. Es cierto asimismo que, aun ahora, suele valer mas la pobreza que la riqueza para sostener una larga guerra civil ó una guerra de independencia en el propio territorio, porque á los que no tienen dulce y cómoda vivienda, ni están hechos al regalo, se les hace menos cuesta arribarse en armas por los lugares agrestes, donde hay ya poco que desolar, porque casi todo está de antemano desolado. De aquí que, al presente, una nación atrasada y pobre puede aun ser temible si vienen á inquietarla en el propio suelo que posee, ó, si en un caso singular se siente agitada por entusiasmos y estímulos poderosos; pero, de ordinario y en las circunstancias comunes, por la riqueza y por la actividad y por la industria que la producen es por lo que tiene que medirse y computarse en el día la potencia política de las naciones. Como negocio político, por consiguiente, nos interesa mucho el desenvolvimiento de España respecto de su bienestar material.

La nueva época de libertad había venido acompañada de una guerra civil de siete años, nada á propósito para que se realizasen mejoras en este sentido; pero ya era mucho que en 1843 se sintiese el deseo de realizarlas y se contase con algunos medios para ello.

No negaremos nosotros, á fuer de imparciales, que el deseo excesivo de comodidades y de lujo es tambien un mal, pero preferimos este mal moderno al antiguo. A veces este deseo nace en los individuos antes ó en mayor proporción que los medios para satisfacerle. Consumir la riqueza ó gozar de ella es muchísimo más fácil que crearla. De aquí que muchos consuman y gocen, pero no creen. De aquí, en suma, la mayor corrupción é inmoralidad que suponen que hay en nuestros días; y digo que suponen, y niego que exista en realidad, por varios motivos. Porque en la voluntad del hombre que se deja fácilmente seducir, lo mismo pesaba, cuarenta años há, el poseer los mezquinos recursos y el vivir tan mal como vivían entonces las personas mas abastadas y pudientes que el tener hoy el lujo mas sibarítico. Nace además en todas las almas cierta convicción instintiva, cuando no reflexiva, de que son expuestos é inseguros, aun prescindiendo de la honra y de la vergüenza, y de que no están además al alcance sino de muy pocas personas, á quienes la ocasión se muestra propicia, aquellos medios de enriquecerse que estriban en la concusión, en el cohecho ó soborno, en la dilapidación de los caudales públicos, en las malas contrataciones, en el agio y la usura. Para todo esto además se requieren prendas de carácter que, por mas que no deben ser envidiables, distan mucho de ser comunes, por donde el que acomete semejantes empresas sin gozar de dichas cualidades, lo hace todo sin maña y se expone á la infamia y hasta al castigo corporal por poco que delinca, mientras otros que obran con mas habilidad, no por superior talento, sino por la serenidad y frescura del que se halla en tales cosas como en su propio elemento, vive honrado y ensalzado y dichoso, y es aclamado inclito, triunfador y pío. Por otra parte, la dislocación de los caudales

públicos y privados, por muy activa y frecuente que sea, no basta á crear nueva riqueza. La mas ciega envidia del pobre contra el rico y el mas completo desconocimiento del mecanismo económico, no pueden negar esta verdad; por consiguiente, por mucho que se declame, siempre será menester confesar que la inmensa suma de bienes de que hoy disfruta la sociedad española, en comparación de aquello que hace cuarenta ó cincuenta años disfrutaba, no se debe á malas artes, sino al ingenio, á la inventiva y á la laboriosidad de los españoles, movidos sin duda por el afán del lucro, pero movidos con recto y bienhechor movimiento. Que haya habido en todo él abusos, fraudes y hasta grandes maldades, no lo hemos de negar, si bien en esta historia, que es ya harto contemporánea, no nos incumbe á nosotros acusar á nadie singularmente, dejándolo para las historias futuras. Bástenos consignar aquí, en resúmen, que, al llegar la Reina doña Isabel II á su mayor edad, los dos elementos principales del desarrollo material de España estaban ya en gérmen ó sembrados aunque apenas nacidos, y sin haber dado fruto, ni siquiera la primera flor, como no se cuente por tal, aunque pertenece mas bien á la mas alta esfera del espíritu, el florecimiento literario y sobre todo poético, que hemos tratado de bosquejar en los capítulos anteriores.

Los dos elementos del futuro desarrollo material eran la difusión de una gran masa de bienes de manos muertas en manos mas laboriosas y activas y el claro conocimiento de nuestra pobreza como nación, de donde surgía el vivo estímulo para remediarla y el apetito de gozar todos los refinamientos y deleites que en otros países se gozan. Para lograrlo, desconfiando los gobiernos, y no sin razón á veces, de la iniciativa individual, mostraron desde luego una propensión á aumentar el presupuesto con gastos reproductivos, creando cuanto estaba por crear en España: carreteras, ferro-carriles, puertos, faros, canales, bosques bien cuidados que sirviesen de modelo, y granjas que fuesen escuelas para la práctica de la agricultura. Mas creciente cada día la desconfianza en la iniciativa individual y mas en moda el gusto francés de acumular atribuciones en el Estado y centralizarlo todo, los gobiernos de España fueron empleándose en mil cosas en que antes se empleaban menos: en abrir vías de comunicación, en fundar establecimientos de beneficencia, en imprimir y divulgar libros, y en todo lo relativo á instrucción pública, en sus tres grados de primera, segunda y superior enseñanza, y en escuelas especiales para ciertas carreras.

Por su parte, las personas mas ricas ó ilustradas del estado llano empezaron á trabajar por buenos medios, esto es, empleando en ello el capital y la inteligencia para hacerse y hacernos mas ricos. La agricultura empezó á ganar desde luego. Seria curioso y muy lisonjero el cálculo exacto de las nuevas plantaciones de olivo y de viña que se han hecho en estos últimos años; de las dehesas que se han convertido en campos de labor, y de los áridos cortijos, cuyo tercio solo se sembraba cada año, que se han transformado en frondosos plantíos, en huertos y alamedas, ó en tierras fecundadas por el riego, donde hoy se dan la caña de azúcar y otros frutos de valor. De casas tambien, en el campo y en las ciudades, se ha construido quizás una mitad mas de lo que había hace medio siglo.

Nos habíamos acostumbrado, sin duda, á vivir en una especie de contemplación ascética y habíamos descuidado todo bienestar material. Hasta industrias campestres, existentes desde las primeras edades del mundo en todos los pueblos de raza aria ó indo-europea, habían desaparecido entre nosotros, llegando á perderse ó anticuarse el vocablo comun á toda lengua aria con que se designa el producto de dicha industria. Así, por ejemplo, el vocablo *butiro*, que ha sido español y que ya no se usa, designándose hoy el objeto que expresa con la perífrasis *mantequilla de vacas* ó mas bien de Hamburgo, de Flandes ó de Holanda, porque de allí viene y casi no se fabrica entre nosotros. El lenguaje da otros testimonios semejantes del largo abandono en que ha estado en nuestro país todo bienestar material. Así, verbi-gracia, si las palabras *selva*, *foresta* y *bosque*, no han caído enteramente en desuso, su empleo ha venido á limitarse al estilo elevado y poético, como si para concebir *selvas*, *forestas* y *bosques* en España, sobre